

costumbres y de religiones se borra-
ban en la unidad del imperio; el co-
mercio, las artes, las ciencias, la filo-
sofía, en una palabra, todas las fuerzas
vivas de la civilización pudieron des-
arrollarse tranquilamente a la sombra
y en la imponente majestad de la paz
romana. Como resultado, las ideas de
Grecia penetraron por todas partes, y
sometiéndose a ellas el pueblo vence-
dor, sometieron al universo. Antes,
por los esfuerzos perseverantes de los
Ptolomeos y de los seleucidas, Egipto
y Asia habían entrado en el movi-
miento de la civilización helénica; Ro-
ma llevó tras de sí Italia y España,
las Galias y el Africa del Norte. La
gran teoría estoica recibía al fin un
principio de realización. Roma acaba-
ba lo que Grecia había comenzado.

Grecia inventó el estoicismo; Roma
mostró al mundo todo lo que esta filo-
sofía contenía de vida y de realidad
bajo la apariencia algo sofística de
que la revistieron los sucesores de
Crisipo y Crisipo mismo.

El espíritu de los romanos, admira-
ble para adaptarse todo lo que era sus-
ceptible de aplicación práctica, se
apoderó con ardor indecible de una
filosofía que concertaba con tanta pre-
cisión a sus fieros instintos. Los ju-
risconsultos la aplicaron a la interpre-
tación de las leyes nacionales, y los
más bellos genios de la literatura lati-
na la adornaron con todos los encan-
tos del estilo para propagar su gusto
y su conocimiento. El eclecticismo
platónico de Cicerón admitió al pue-
sto de honor, por decirlo así, la moral
del Pórtico y Séneca fué un puro mo-
ralista estoico. Hay tratados de Cice-
rón que no son más que la transcrip-
ción, bajo una forma más bella y en
elocvente lenguaje, de los comentarios
de Panecio y demás discípulos de la
escuela de Zenón. Séneca tuvo el ho-
nor de ser el primero en evidenciar
algunas de las más nobles y fecundas
consecuencias sociales del estoicismo.
Por último, el estoicismo pasó a las cos-
tumbres de cuantos recordaban la liber-
tad y las antiguas virtudes romanas.

Conviene observar que el genio ro-
mano no se acomodaba bien a las es-
peculaciones metafísicas, o más bien
físicas, sobre las cuales los estoicos
griegos pretendieron construir el sis-
tema, donde se concentraban aún, en
los mismos tiempos del imperio, los
principales esfuerzos de los herederos
griegos de Zenón, de Cleanto y de
Crisipo. Hasta en los escritos de los
más decididos partidarios de la doc-
trina, incluso Epitecto y Marco Aure-
lio, se encuentran multiplicadas prue-
bas de una especie de indiferencia
respecto de ciertos problemas agita-
dos por los genios cuya huella moral
segufan. La duda sobre muchos pun-
tos reemplazó en ellos a las afirmacio-
nes terminantemente aceptadas en el
Pórtico a título de verdades indiscuti-
bles y casi de dogmas religiosos y de
artículos de fe. Desecharon las argu-
cias en que se complacía la lógica es-
toica y de que hubieran debido pre-
servarse los discípulos de Zenón, los
que poseían verdades morales tan
grandes, máximas tan ricas en aplica-
ciones positivas; pero era imposible
a los griegos sustraerse al eterno de-
fecto de esta nación disputadora: la
dialéctica sin objeto y por amor a la
argumentación.

Epicteto y Marco Aurelio son pro-
piamente, casi exclusivamente, mora-
listas. En ellos el estoicismo se redu-
ce a sus verdaderas proporciones: le
despojaron con mano valerosa y firme
de todos los ornamentos superfluos, o
si se prefiere, de todos los estorbos,
de todas las superfataciones parásitas.
De acuerdo con los antiguos maestros
en los puntos verdaderamente esen-
ciales, dieron a la doctrina una gran
libertad de espíritu y la fecunda vir-
tud de la independencia. En el segun-
do siglo de nuestra era no podía ya el
estoicismo hablar el lenguaje que ha-
bía bastado a los contemporáneos de
Pirro y de Antígono: había pasado el
tiempo, y había transformado, por su
acción insensible, las disposiciones y
la voluntad de los hombres. La idea
de la fraternidad humana germinaba